

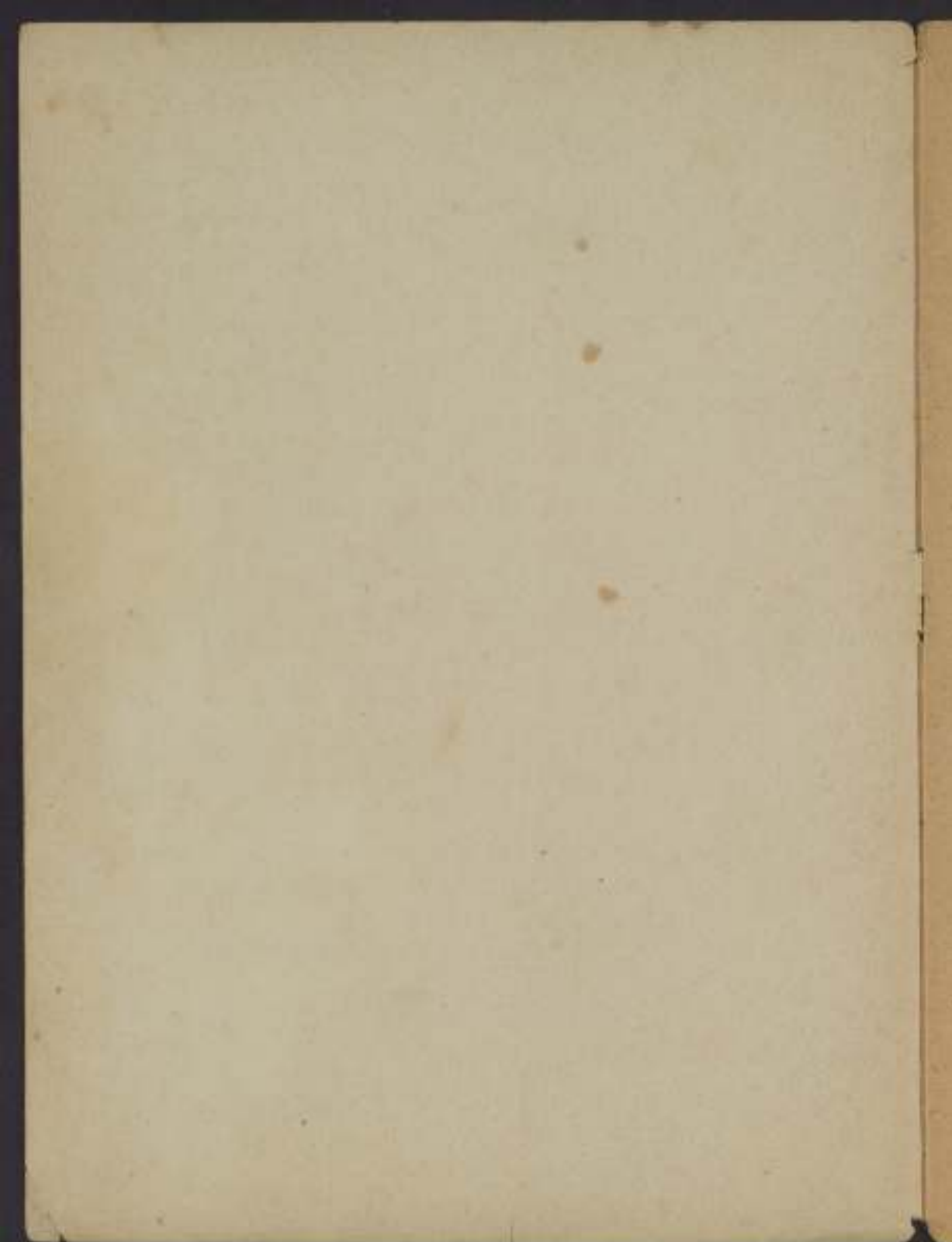
Barru, el bolchevique



Novela
cinematográfica
por
Wallace Beery

50 cts.

NÚMERO
EXTRAORDINARIO



Año I --- N.º 6

Barcelona, 30 Mayo 1934

Directión y Redacción:

Calle Polanco, 62

--- Teléfono 4125 A. ---

OBRAS MAESTRAS

DEL

CINE



PUBLICACIÓN SEMANAL

N.º en 25 pts. sem. \$ 50 pts.

Barcelona: 3 pts. trimestre

Administración y Faltos:

Calle Villanovi, 12

--- Teléfono 1026 A. ---

BAVU, EL BOLCHEVIQUE

Novela cinematográfica de la Rusia sangrienta

Según el argumento de la película «BAVU», producción UNIVERSAL (JOYA)

Concesionario: HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.

Valencia, 33 - BARCELONA

PERSONAJES PRINCIPALES

Felix Baum

Annia Markoff

Mischka Vlack

El gobernador Markoff

Olga

Pipiotte

Kurloff

Wallace Berry

Edwile Taylor

Forrest Stanley

Josef Swickart

Sylvia Breamer

Marta Mattar

Nick de Ruiz

I

Corría el mes de noviembre de 1917 y era toda Rusia un hervidero de pasiones. Lenin y Troizky acababan de encargarse del poder y de proclamar el programa comunista, prometiendo al pueblo la distribución de las tierras y la paz inmediata con Austria y con Alemania.

El pueblo ruso, el verdadero pueblo ruso (ignorante y supersticioso, agotado por las privaciones y excitado tanto por

la ineptitud de los que hasta entonces le habían gobernado como por las predicciones de ciertos oradores y escritores revolucionarios, acogió las ideas comunistas y las promesas de pacificación con verdadero júbilo.

Los acontecimientos que tanto habían de influir en el porvenir de Rusia habíanse sucedido con tal rapidez que nadie había tenido tiempo de meditar las terribles consecuencias del «movimiento redentor», como se le llamaba en Petrogrado y en

Moscon a la excitación de Trotsky y Lenin a la gobernación del Estado. El día 12 de marzo se armatieron algunas tropas en Petrogrado y se constituyó un Gobierno provisional presidido por el príncipe de Lvov; en la noche del 15 al 16 del mismo mes, el Zar Nicolás II abdicaba en favor de su hermano el Gran Duque Miguel, el cual se negaba a aceptar el trono hasta haber consultado con el pueblo y poco después la familia imperial era destituida, el duque Nicolás destituido y Kerensky llamado al poder. Todo esto había ocurrido en el espacio de tiempo de dos meses, y sólo la lucha entre el valeroso Kerensky, que pretendía avivar el patriotismo del pueblo frente al peligro de una victoria de los enemigos, y Lenin que aconsejaba la paz a todo trance, había sido verdaderamente sangrienta. Las calles de Petrogrado, de Moscon y de otras ciudades del antiguo Imperio se habían tenido más de una vez con la sangre de los partidarios del que consideraba necesaria la guerra para evitar grandes males al país y del que precisamente consideraba la guerra como uno de esos males; pero por fin había triunfado este último y el 10 de octubre el Gobierno provisional había tenido que refugiarse en el Kremlin de Moscon dejando el poder en manos de los comunistas, dirigidos por Trotsky y Lenin. Kerensky pudo huir, pero los que se negaron a cumplir los mandatos del nuevo Gobierno hallaron la muerte en su resistencia. Así el general Dukhotin, soldado de gran prestigio en toda Rusia, fué asesinado por negarse a negociar con el enemigo contra el que hasta entonces había combatido en el frente.

En los pueblos y ciudades de Rusia lejanos del centro revolucionario, estos acontecimientos tenían una extraña repercusión. Los campesinos ignorantes habían de unos proyectados repartos de tierras y empezaban a mirar con aversión los alrededores de sus casas miserables; los individuos de la clase media creían posible enriquecerse sin esfuerzo gracias a las

subidas leyes que los maximalistas preparaban; los ricos, los que hasta entonces habían mirado a los miserables trabajadores del campo como esclavos, empezaban a temblar.

La falta de comunicaciones hacía más difícil la situación en esos poblados. En algunos sitios la fuerza pública no sabía hacia qué lado inclinarse; si declararse revolucionaria o mantenerse en favor del poder constituido. Los rumores acerca de lo que serían las leyes comunistas, agrandados por la ambición de los de aforro y por el terror de los de arriba, iban tomando cuerpo. Muchos veíanse desposeídos de lo suyo y aquéllos veíanse ya en posesión de lo de los demás. Se miraban todos desconfiadamente y cada uno preparaba sus armas para defenderse o para atacar. Todas las esperanzas y todos los temores estaban puestos en el Congreso General de los Soviets que había de reunirse en Petrogrado para acordar los proyectos propuestos por los gobernantes comunistas.

A todos los pueblos que han vivido bajo un régimen anormal les llega, más tarde o más temprano, la hora de su reivindicación. Rusia no podía sustraerse a esta ley inexorable del Tiempo y del Destino.

* * *

Una de las poblaciones donde las nuevas doctrinas habían prendido con más furor era Kishine, hermosa villa situada no muy lejos de Nijai-Novgorod. La relativa proximidad de esa región con Petrogrado hacía que sus habitantes sintieran los latidos del movimiento revolucionario con mayor intensidad que los de otras provincias.

Las noticias de la capital de la nueva República llegaban a Kishine como heraldos de una esperanza prometedora. Cada población de Rusia tenía, como consecuencia de la dictadura que hasta en-

luzes había reinado, unos deseos que vez realizados y unos agravios que vengar. El nuevo estado de cosas, al darles a los hombres humildes la sensación de que eran iguales a los más poderosos, había resucitado el recuerdo de todas las afrentas

Markoff empleaba con sus gobernados los mismos procedimientos de sus antepasados, sin tener en cuenta para nada la evolución que el principio de la guerra había comenzado a señalar en todos los pueblos de Europa.



*Oleg, la esposa de Piotr, podriciosa y sin ninguna
altedura moral que sujetó sus instintos.*



y había despertado en todos los corazones un afán de venganza que se unía a la ambición que anidaba en todas las almas. En Kishine tenían los de abajo mucho de que acordarse y los de arriba mucho que temer.

El centro de donde irradiaba en Kishine la causa del descontento y en el que convergían las protestas era el Palacio del Gobernador.

Sucesor de unas generaciones poco sensibles al dolor ajeno, el gobernador Mar-

Markoff pertenecía a esa clase de hombres que se creen, por razón de su nacimiento, superiores a los demás. Siempre había vivido entre gentes de alta posición y grande influencia, la mayor parte de los personajes de la corte del Zar Nicolás habían sido amigos suyos y los salones de su palacio habían acogido a lo más selecto y elegante de la provincia. En realidad, Markoff despreciaba a la plebe; pero no por enemistad hacia los pobres, sino por desconocimiento de sus virtudes y de

sus sentimientos. El ambiente en que siempre se había desenvuelto estaba muy lejos del que se respiraba en aquellas casucas infectas y oscuras, llenas de podre y miseria, que servían de viviendas en la parte baja de la ciudad.

Los primeros chispazos de la revolución en Kishine permitieron ya apreciar la gravedad que iban a tener los sucesos. La guarnición descontenta de sus oficiales pasó al lado del pueblo y sólo quedaron adictos al viejo régimen algunos ricos viejos de los que creían firmemente que aquel estado de cosas no podía durar.

El gobernador tardó en darse cuenta de la gravedad de la situación bastante más de lo que hubiera sido conveniente para sus propios intereses y los de sus amigos. La complicidad de la policía con los revolucionarios hizo que cuando llegó a su conocimiento la subida al poder de los comunistas ya se había constituido en Kishine un Comité de Obreros y Soldados que dictaba órdenes y que verdaderamente gobernaba. En una palabra, se encontró destituido de su alto cargo sin darse cuenta de cómo se había verificado esa destitución.

II

En uno de los aposentos del palacio del Gobernador se hallaban Markoff y su hija Anna viendo a través de los cristales de un amplio ventanal como caía la nieve en gruesos tepos cubriendo la tierra en un blanco solitario.

En el rostro ceñudo del gobernador podía apreciarse a primera vista el profundo disgusto de que se hallaba poseído. Acababa de recibir noticias desagradabilísimas de Moscou y veíase impotente para sofocar los primeros chispazos del movimiento revolucionario que había estallado en Kishine. Aunque tarde, hablase

dado cuenta de que no podía contar con la guarnición de la ciudad y sentíase solo en medio del peligro.

De vez en cuando acercábase a la ventana y sus ojos escrutaban la obscuridad que se iba apoderando de la población. Silencio absoluto. Nadie por las calles. La quietud que precede a las grandes conmociones populares.

De pronto, como respondiendo a sus pensamientos, sus labios dejaron escapar unas palabras de lamentación.

— ¡Todo está perdido! Sólo nos queda el recurso de morir dignamente.

Anna acercóse a su padre y poniéndole una mano sobre el hombro exclamó:

— ¿Qué puedes hacer?

Markoff no respondió. Su mirada fijóse en la ciudad que se iba borrando en las tinieblas de la noche y permaneció inmóvil. La nieve seguía cayendo cada vez más espesa poniendo en los cristales del ventanal unos blancos adornos aéreos. Los finos chimeneas chisporroteaban, al recibir la caricia torturadora del fuego, gruesos troncos de madera produciendo estallidos semejantes a los de detonaciones lejanas y confusas.

Anna, resuelta, rompió el silencio:

— ¡El peligro nos envuelve, padre. ¿No nos queda ningún medio de defensa?

El anciano movió la cabeza negativamente en un ademán de desesperación.

— ¿Hasta la guardia nos ha abandonado? — insistió Anna.

— También la guardia, hija mía. Y nuestros servidores se han marchado a primera hora de la tarde y aún no ha vuelto ninguno.

— ¡Mischka, tampoco?

— ¡He menos que los demás. Perteneces al Comité revolucionario.

La hermosa joven no pudo contener un ademán de asombro. ¡Mischka, revolucionario! El servidor distinguido del Palacio, el que había mostrado siempre hacia los Markoff una adhesión ciega, convertido en un comunista revolucionario. ¡Era lo único que le faltaba ver!

Llevaba ya dos meses sufriendo pacientemente los desprecios y los desdenes de la gentuza que hasta entonces tanto la había respetado. Llevaba dos meses no atreviéndose a salir a la calle ante el temor de ver, como había visto más de una vez, cómo se levantaban unos pudos amenazadores al paso de su coche. En algunas

con el triunfo de ese hatajo de miserables. Yo por mí, nada temo, al contrario, considero un gran honor morir a manos de la canalla.

Pasado el primer momento de debilidad, el anciano sentía hervir en sus venas la sangre brava de sus antepasados. Si hubieran podido verle los revolucionarios



El comité revolucionario celebraba una de sus sesiones.

ocasiones había sorprendido en las miradas de sus sirvientas un destello de odio, de rencor... Pero, en medio de esta munda hostilidad, Mischka Vleck, el fiel criado que les servía desde que era un chiquillo, conservaba para ella las mismas atenciones y las mismas delicadezas de siempre. Aun aquella misma mañana se había arrodillado ante ella para ponerle, como de costumbre, los zapatos que calzaban sus lindos pies...

Y he aquí que de pronto Mischka se pasaba a las filas contrarias de los enemigos de su padre... ¡Un nuevo desengaño, más doloroso que los demás, por más inesperado!

—Dios es testigo—dijo Markoff con voz cavernosa—de que lo único que me hace temblar es la suerte que pueda caberte

en aquel momento, más de uno hubiera temblado, inclinándose ante él en la misma reverencia cobarde de los tiempos de esclavitud. En verdad que estaba magnífico en su indignación.

Annia, con ese alto sentido práctico que tienen las mujeres en los momentos de peligro, quiso calmar a su padre. Y habló, con voz suave que hacía firme la lógica del pensamiento que trementaban las palabras:

—Eso sería una insensatez y tú no eres un insensato.

El reproche la había dictado el amor filial y no pudo herir la soberbia desbordante del gobernador de Kishine; pero el orgullo de casta dominadora, opresora, estalló al preguntarle Annia:

—¿Quién es ese llave que nos desafía

y se alza en contra nuestra con gesto tan arrogante y decisivo?

El viejo aristócrata—sangre de príncipes y aun de reyes corría por el caudal de sus venas—, sintió atado su rostro por la interrogación, igual que si hubiera sido un trillazo.

—¿Quién es Bavu?—repitió apañalando las palabras. Y, luego, dió la respuesta en tono despectivo: —Un don Nache ambicioso, que levanta montañas de odio contra mí para apartarse en ellas creyendo que por esto podrá verse en una cumbre tan alta como la que sirve de firme pedestal a nuestra clara estirpe.

—No te enfades—susurró la joven—, pero alguien debe ser ese Bavu, algún mérito tendrá, cuando entre los miles de nombres oscuros, anónimos, se destaca el tuyo e irrumpe atronador en los mismos salones de este palacio.

—Porque grita más que los otros; pero, en definitiva, ¿podrá ese pobre diablo, con toda su osadía, medir sus armas con el águila manchada acero de un Markoff? —repuso éste haciendo sonar en la orgullosa imagen los clarines de guerra de su raza.

Mientras la regia mansión del más alto y esclarecido personaje de Kishine, se llenaba paulatinamente de densas sombras que hacían vacilar las ideas de predominio y grandeza, lanzándolas a una danza macabra, en los negros hogares donde hasta entonces habían anidado los labos del hambre desgarrando las carnes trémulas y febriles de los sin fortuna, de los sin nombre, la ilusión levantaba soberbios castillos colmados de tesoros, que hundían sus anáfores silvestres en las nubes, doradas por el sol de una nueva y esplendorosa aurora.

Uno de estos hogares era el de Bavu. Todos los habitantes de la misera vivienda forjaban la azul teoría de los sue-

ños que la ambición metía en sus almas, poco antes yermas y desoladas como paisajes sobre los que pesara una maldición bíblica.

Olga, la amiga de Bavu, codiciosa y sin ninguna atadura moral que sujetase sus instintos, libres como potros salvajes, lanza a éstos desenfrenadamente hacia el derredor de sus sueños, aunque sabe que los ríos que han de valiente son de sangre y las montañas porque han de reptar están formadas de cadáveres. Pero a ella, ¿qué le importa? Quiere ser rica, verse adalidada por los mismos ante los cuales tuvo que trazar el arco de su espina dorsal y no repara, con tal de conseguirlo cuanto antes, en adentrarse en la zona de lo humano. Es ella, Olga, la que inspira a Bavu actos de violencia, la que espolea su odio de esclavo que puede convertirse en esclavo a su señor. Bavu se deja influir placenteramente por el espíritu tortuoso de su amiga y en su inteligencia se borran pronto las contrarias rutas del Bien y del Mal, quedando sólo este pensamiento: ambición.

En este hogar, quedan otras dos personas que también sueñan y ambicionan. Son, Piplette, la sirvienta y Kurloff, su marido. Piplette, vieja gambaña, piensa adular su horrible fealdad con sedas y encajes y desnuda el incompleto y amarillento terciado de su dentadura para decir riendo a Olga que cuando sea una gran señora, ella será su dama de honor. A su vez, Kurloff, ve convertirse en bastón de mando, muy recargado de borlas, su tosca paleta de albañil.

Y adentras junto a la ventana de la destaralada pizarra venían a los días venturosos, la nieve aigne tejendo el sudario, símbolo de muerte, en que ha de envolver a la ciudad codiciosa.

El comité revolucionario celebraba una de sus sesiones, que había de ser la definitiva, en una cueva abovedada, de espesos muros, que era imposible traspasar sin los ruidos de la calle.

Zauskin, el señor Corzinoff, el señor Petreschi—tomaban asiento a los lados de la larga mesa, en torno a la cual se hallan reunidos estos terribles demagogos.

Ahora habla Bayu. Su verbo es cálido, persuasivo; tajante, la frase; dura la palabra con que apedran a sus enemigos. No parece que emita conceptos, que formule

*—Fuerzas marchar-
te, que locas en la
frente el pecado de
la ingratitud.*



Presidía Bayu, que era el miembro más exaltado y más prestigioso del comité.

Bayu tiene una fisonomía aplastada. Sus ojos son pequeños, pero sagaces y de pupila penetrante. Su nariz, de anchas aletas palpitantes, parece la de un león que se prepara para acometer. La barba rala, negrísima, cubre el rostro en forma de carlanca.

Frente a Bayu se sienta Mischka Vleck. Es más joven que su camarada. Su rostro, entusiasmadamente rasurado, denota nobleza, energía. Sus ademanes no son bruscos y pesados como los de Bayu, sino de trazo elegante y desenvuelto. Su gesto jamás parece el de un fanático y menos el de un hombre feroz. Por el contrario, es franco, sereno.

Otros individuos del comité—el señor

juicio, que exponga ideas, sino que va haciendo todo esto sobre el yunque de su oratoria. Observando el rostro de sus oyentes—el señor Zauskin, el señor Corzinoff, el señor Petreschi—, se advierte sin esfuerzo que se va apoderando de la voluntad de cada uno de ellos. Unicamente uno no denota aprobación ni desagradación: Mischka. A él, más que a ningún otro, se dirige Bayu, pues no ignora que es el único capaz de atalar sus palabras, preñadas de violencias, rezumando odio.

V. en efecto, cuando Bayu da por terminado su discurso, Mischka se pone en pie para intervenir él en la asamblea.

Habla dando a sus palabras la energía necesaria para llevar en convencimiento al ánimo de sus compañeros; pero sin el estruendo de Bayu.

Mischka, por su escrupuloso sentido moral, goza de la confianza del comité revolucionario y ha sido honrado con el cargo de tesorero. Y Mischka, que es de tendencias más moderadas que Bayu y prefiere, en materia política, edificar si bien bajo nuevas normas, a destruir, dice:

—Comaradas. Me opongo resueltamente al sistema de violencia que nos aconseja el compañero Bayu. La mejor forma de gobierno que podemos establecer, es la de una estricta igualdad ante la Ley; pero para llegar a esto no es necesario sacrificar vidas que necesitaría después nuestro pueblo para ser próspero y grande, ni tampoco implantar un sistema de arbitrariedades en lo que respecta a administración, cuando ya, como Comisario de Licencias y Contribuciones, me propongo robustecer nuestro crédito por cauces de armonía. Otra cosa sería caer en el deplorable sistema político y administrativo que la opinión, y nosotros como heraldos y voceros de ella, ha condenado. Propongo, pues, que votéis mi proposición con preferencia a ninguna otra.

Bayu, se alzó violentamente de su asiento, gritando lleno de furor contra Mischka:

—¡A votar!

Un ciudadano se levantó también para decir:

—¿Qué proposición aceptáis: la de Bayu o la de Mischka?

Hubo un paréntesis. El señor Zamskín, el señor Corsineff, el señor Petreschí, que habían ido aprobando con signos de cabeza, el breve discurso de Mischka, fueron exclamando:

—¡La de Mischka!

—¡La de Mischka!

—¡La de Mischka!

Otros miembros del comité revolucionario también votaron por esta proposición. Bayu había sido derrotado.

Al terminar la asamblea, Mischka se dirigió al palacio de los Markoff y Bayu a su casa. Sigamos ahora al primero.

Ya está el lector en antecedentes de que Mischka Vleck había pertenecido a la servidumbre del soberbio gobernador de Kishine, en calidad de servidor de confianza, que por su contextura moral y por su educación no podía ser empleado en groseros menesteres. Pero no habíamos ahondado aún en el corazón de Mischka y en el que, muy en lo hondo, como temeroso de ser notado, latía fuertemente su amor por Anna. ¿Pero cómo había de atreverse el pobre mozo a revelar este amor? Lo separaba de la mujer amada, un abismo social. El nombre de él era de origen humilde; el de ella, uno de los más preclaros de la Rusia de los Zares. Esta diferencia era la que había hecho silencioso el amor de Mischka; pero por esto mismo más puro y más intenso. En cuanto a Anna, jamás pudo sospechar siquiera que era objeto del cariño de un sirviente.

Mischka Vleck entró precipitadamente en el palacio del gobernador. Este y su hija quedáronse sorprendidos al verlo llegar de manera tan brusca, aunque no exenta de respeto.

—¿Qué quieres?—interrogó Markoff, irritado por el curso de los acontecimientos.

—Señor, perdónad—repuso Mischka.

—Significa esto que vuelves a mi servidumbre, o qué?—volvió a inquirir el orgulloso Markoff.

—Significa, señor, que como miembro del Tribunal, me veo forzado a cumplir en esta casa, que guarda mis afectos más puros, una delicada misión.

Lejos de agradecer estas muestras de adhesión, el anciano que ya no veía en Mischka más que un criado rebelde que se había pasado al enemigo, un revolucionario y por tanto contrario al régimen de

privilegios de clase, se enfureció más de lo que estaba, exclamando:

—¿Cómo? ¿Te atreverás a proponerme que acate la voluntad de un Tribunal constituido ilegalmente? No tolero intrusiones ni exigencias de ningún género. Puedes marcharte, que llevan en la frente el pecado de la ingratitud.

la realidad, adoptando un gesto de desdén. Los hechos no han de variar por esto su curso. Yo quisiera que ustedes se colocaran de cara a los hechos para que comprendiesen lo peligroso que es desafiarnos.

—Déjame!—gritó Markoff.

Pero Mischka estaba dispuesto a sal-



Annia, con el horror del incendio reflejado en las pupilas, temblando de frío y de pánico, se apretaba contra el cuerpo de Mischka

El joven aguantó, sin descomponerse, el chaparrón de injurias. ¡Si no hubiera sido por Annia!... Pero Annia estaba allí escuchando la conversación, más hermosa que nunca en la desgracia y no aquella, sino todo lo hubiera aguantado del padre de su adorada. Y Mischka, poniendo el mayor comedimiento en sus palabras dijo:

—Señor, no cabe volverse de espaldas a

varios a todo trance de la furia de los revolucionarios e insistió:

—La realidad histórica traza la ruta de los pueblos y se impone a ellos. No se obstina usted en ser ciego para la realidad, sino quiere tener el trágico fin que otros personajes políticos que conocía muy bien.

—¡Calla, charlatán!... ¡No me importa la ira de la plebe!... ¡Vete!...

El joven quiso intentar aun la salvación de su antiguo señor y, sobre todo, de Anna, y se acercó a ésta, suplicante:

—¡Anna!... ayúdame a convencer a nuestro padre!

Pero ella, sonríe también a la voz de la razón, se desprendió de él que la había sujetado suavemente, respetuosamente, de un brazo.

Y Mischka, solido del fracaso de su noble intento, exclamó, dirigiéndose a Markoff:

—Su intolerancia me impide salvarla. Nunca podrán saber ustedes el dolor que esto me produce.

Dicho esto, el Comisario de Licencias y Contribuciones se dirigió a la puerta, acompañado por un gesto de desprecio de Anna.

Otra escena, también desagradable, acontecía a la misma hora, en casa de Bavu. Había regresado éste a su hogar, con visibles muestras de abatimiento por la mayoría de votos que acababa de obtener la proposición de Mischka, en todo contraria a la suya. Olga, que poseía el instinto de la perspicacia como todas las mujeres, supo leer de corrido en el semblante del candillo revolucionario, lo que acontecía en su alma. Así, al verlo entrar en aquella actitud, muy distinta a la arrogancia que ella esperaba ver, se acercó a besarlo, siendo rechazadas su caricias. Entonces le preguntó:

—¿Por qué regresas tan triste, Bavu? ¿Acaso no cuentas ya con la adhesión de todos los miembros del comité?

Bavu tuvo que explicarle el resultado de la asamblea que acababan de celebrar, sin omitir que Mischka Vleck, partidario del pacifismo, había sido designado con el mejor cargo; esto es, el de Comisario de Licencias y Contribuciones.

Olga, que ya acariciaba la idea de figurar preeminentemente en la sociedad re-

cient constituida a consecuencia del predominio del pueblo sobre la nobleza, trasnoque de poderos tan apetecido por la masa, no pudo, aunque mejor sería decir que ni lo pretendió siquiera, disimular su enojo, humillando a Bavu con estas palabras:

—No conozco a Mischka, pero lo admiro. Ha demostrado ser un hombre superior a ti.

—¿Qué quieres decir?—rugió Bavu.

—Ya lo has oído: que es más listo que tú, porque sabe que el que tiene el dinero tiene el poder. Ahora, cuando tú digas orgullosamente que eres el presidente del Tribunal, él se reirá de ti pensando que en cargo, sin ser tan ostentoso, lo libra de la miseria, mientras que nosotros seguimos en sus garras. ¡Ah! Bavu, ahora ¿para qué nos sirve la bóveda que hemos edificado si nos falta el tesoro que guardar en ella?

Olga iba vertiendo, gota a gota, en el corazón de Bavu, el veneno de la codicia.

Como era perversa por naturaleza y el alma esclava está hecha al ardor del fingimiento, al advertir el efecto que habían producido sus palabras en el sombrío y receloso espíritu de Bavu, se arrojó a sus pies pidiéndole perdón por la dureza con que lo había tratado. Bavu, que se había enfurecido como una bestia acosada por el látigo del domador, calmóse al ver la actitud de ella, atrayéndola a su pecho y besándola.

El matrimonio Kurioff-Piplette, presenciaba la escena reflejando en sus miradas y en sus alocuciones, todos los momentos de ella.

Olga, insinuó:

—Otro trataría de comprometer y desprestigiar a Mischka Vleck, presentándolo, con cualquier pretexto, como individuo demasiado adepto a los Markoff.

—No me creerían—aseguró él.

—¿Por qué no han de creerte? Mischka sirvió hasta hace poco en casa de los Markoff. Todos saben que era el hombre de confianza de ellos.

El efecto del veneno de la codicia hacía su efecto. Por otra parte, Bavu, ante el temor de perder a la mujer amada, la abrazó fuertemente y tuvo un arranque:

—Ten confianza en mí, Olga. Todas serán las riquezas que ambicionas — te prometió.

Relajados por la cintura, se acercaron

vantando los brazos para todos nosotros. ¡ El Tribunal ha votado por la paz !

Pero los ánimos estaban ya muy excitados. Los nobles no cedían a razones y era llegada la hora de imponerse a la fuerza. El mismo Mischka que había preconizado la paz, lo comprendía así, aunque no lo confesaba por no atizar la ho-



Mischka, arrodillado a sus plantas, la desveló respetuoso.

a la ventana. En la calle, el agua caía torrencialmente mezclada con la nieve. Las sombras se habían tragado a la ciudad, que temblaba en las negras fauces de la noche. Sin embargo, la luz tenue que se escapaba de alguna vidriera, permitía ver de vez en cuando, los grupos de revolucionarios que recorrían agitadamente las calles, lanzando gritos amenazadores.

Bavu se encasquetó el gorro de piel, se sacó el cuello de la zamarra y se lanzó a la calle. Como dentro del Tribunal tenía sus partidarios, iba a ponerse al frente de ellos para seguir pregonando la violencia. Así lo hizo. Un pacifista que se encontraba en la cueva donde estaba reunido el comité, se levantó para protestar:

— ¡ Camaradas ! Mischka Vleck está le-

guera revolucionaria, que amenazaba con reducirlo todo a cenizas. La proposición de Bavu, es decir, la violencia, aunque con menos votos, se imponía.

Ya nadie podía atajar la revolución.

V

De repente, el negro manto de la noche se fue salpicando por extensas manchas rojas. El cielo era una brasa. Las llamas del incendio devoraban la ciudad de Kishine. Sonaban por todas partes disparos, maldiciones, gritos de dolor. Brillaban las armas, trágicamente, a la luz

del incendio. La soldadesca se confundía con el pueblo. La confusión era espantosa.

Mischka, comprendiendo que su teoría pacifista había fracasado a pesar de sus esfuerzos, montó a caballo partiendo a galope hacia la mansión de los Markoff. Corría veloz el noble bruto, saltaba zaijas, montículos y toda clase de obstáculos que se oponían a su carrera, y aún Mischka le hundía el hierro de la espuela en los hijares. Iba quedando atrás la revuelta ciudad, pero no ignoraba el joven que las turbas no tardarían en destruir el palacio del gobernador. Había, pura que ganar tiempo, que correrles la delantera. De otro modo era imposible salvar a su amada.

Annia, desde un alto ventanal de su residencia, veía angustiada arder la ciudad, llevando hasta ella, confusamente, los ahullidos de la cañalla. Markoff mismo, tan entero otra vez, estaba horrorizado. Padre e hija se abrazaron en un abrazo trémulo como si presintieran que sería el último.

Estaban solos y la amargura de saberse indefensos, validos por todos, rebosaba en sus almas. ¡Odiadlos por todos! No. Allí estaba el valeroso y noble Mischka para desmentirlo. El alabanzado que dicta sobre el regir portón del palacio, resonó gratamente en aquellas cornones acorabados. Le franqueó Markoff la entrada. Mischka volvió a cerrar rápidamente. Iba cubierto de lodo, chorreando agua sus ropas.

La soberbia de Markoff se resistía aún a aceptar los hechos consumados.

—Es lamentable que las predicaciones de un alucinado prendan tan fácilmente en el espíritu de la muchedumbre.

Pero no era el momento propicio para hacer reflexiones ni frases y así se lo advirtió Mischka:

—Pensad sólo en que peligran vuestras vidas y hay que salvarlas.

Ratalló el orgullo de raza.

—¡Nunca!—exclamó el aristócrata—.

Los Markoff saben morir sin temblar, pero no huir como villanos.

—Señor, no perdamos tiempo en palabras inútiles—se impacientaba el generoso joven.

—Salva a mi hija. Me horroriza pensar que pueda ser profanado su cuerpo por las manos de la turba.

—Los dos pueden salvarse.

—No te preocupes de mí, Mischka. ¡Sálvala a ella... si puedes!

—Vamos, señorita—intervino Mischka.—Decídase a seguirme.

Annia, angustiada, se dejó guiar por su salvador. La ola revolucionaria había llegado ya hasta la puerta del palacio del gobernador, que pronto fué hundida a golpes de hacha. La multitud anillaba fuera. Y cuando la puerta era sólo un montón de astillas, los revolucionarios se lanzaron dentro del palacio en imponente avalancha. El botín era magnífico y para todos hubo. Pero la joya más preciada que guardaba aquella mansión había desaparecido.

Mischka consiguió sacar de allí a la joven, sin que nadie lo advirtiera. Y mientras la silbante plebe robaba el palacio de los Markoff, la hija de éste huía a campo traviesa, bajo la lluvia cortante como un cuchillo, guiada por el apasionado Mischka Vleck.

* * *

Annia, con el horror del incendio reflejado en las pupilas, temblando de frío y de miedo, se apretaba contra el cuerpo de Mischka, que al sentir el suave contacto de aquella carne tan querida, bendecía la revolución que le deparaba aquel momento único de su vida. Sin la revolución, ¿cómo habría sido él el amparador, el paladín de aquella belleza tan codiciada? Pero Mischka Vleck era un hombre y no pensó siquiera en valerse de su situación para cometer una indignidad, ni siquiera una torpeza. Respetaba el mudo dolor de aquella virgen a la que

hacia tiempo había levantado un altar, el más magnífico altar que puede tener una virgen pagana, en un corazón.

Sino hubiera sido porque la sentía tirar a su lado, se habría olvidado de que la lluvia le taladraba los huesos, de que la muerte se cernía sobre sus cabezas y de que la locura roja azotaba toda Rusia. Era

Mischka, arrodillado a sus plantas, la descalzó respetuoso, sacudiendo los zapatitos cubiertos de agua y lodo.

Después Anna se acercó a la lámpara que ardía sobre la mesa, calentándose las manos yertas. El la reverenciaba en silencio.



—Esta noche me casaré con Olga Srepa.

el depositario del tesoro más grande de la tierra y estaba dispuesto a velarlo noche y día para que nadie se lo arrebatara.

Después de tan dura jornada, llegaron a casa de él, una casita modesta, pero limpia. Sus ropas estaban empapadas de agua como esponjas. Mischka prendió fuego a la lámpara, contemplando a Anna. En su hogar, tan triste antes, como es triste una jaula vacía, empezaba a dibujarse la silueta de un ideal venturoso. Luego habló:

—Esta pobre residencia y mi voluntad en servirla y defenderla contra cualquier peligro, es lo único que puedo ofrecerte a usted, señorita.

Ella le agradeció la gentileza en una larga mirada.

Entretanto, en la zahurda de Bavu ocurría una escena altamente grotesca. Piplette, la estantigua que servía como criada a Bavu, revolvía codiciosamente las costosas pieles, producto de la rapina revolucionaria. Se probaba una tras otra aquellas prendas, paseando de un lado a otro la habitación. Kusloff, que observaba el contanco, gruñó:

—Te has de refinar un poco más si quieres lucir así, ¡so presumida!

Luego rió brutalemente.

En esto entró Bavu, gritando:

—¡El tesoro de los Markoff es nuestro!

Olga, que miraba con los ojos encandilados las joyas que había sobre la mesa, se volvió hacia él radiante de gozo:

—¿Qué dices, Bavu?

—La verdad. Ahora, lo que precisa hacer, es ir a casa de Mischka a buscar el pasaporte y la licencia de casamiento para poder salir de Rusia. Después encerraremos el tesoro para volver a recogerlo cuando estemos seguros. ¿Qué te parece mi plan, querida Olga?

El matrimonio Karloff, que había empezado a discutir por la burla que éste hiciera de su esposa, se peleaba violentamente. Pero Bavu y Olga, entretenidas en sus proyectos, no les hicieron caso.

La vista de tantas riquezas como se esparcían por la mesa—joyas de gran valor, pieles suntuosas—luntaron a Karloff que dejando a Piplette con una atroz injuria en la boca, se apoderó de un collar. Bavu advirtió el movimiento y empujándolo violentamente, le gritó:

—¡Largo de aquí, tumbantes! Te conduces como un ladrón vulgar!

Y recogió todo aquel tesoro. Piplette, que había llegado a creer que aquellas pieles y aquellas joyas sólo servían para lucirlas ella, lanzó una mirada de odio a Bavu, considerándose despojada por él de tanta riqueza.

Y he aquí como la fortuna mal adquirida, es siempre sembradero de rencillas y motivo de discordias.

VI

Los últimos sucesos acaecidos—el dramático espectáculo de Kishine envuelta en llamas, el asalto al palacio del gobernador, la cruenta lucha en las calles—habían llenado de pavor a la desdichada Anna. No bastaba a calmar su miedo el refugio que Mischka le brindara, ni el convencimiento de que éste la defendería de cualquier suerte de aschanza.

Aunque no era una muchacha feble y miedosa, se comprende que, habituada desde niña a que todo le sonriera, sintiera

adicto espanto al convertir la revolución en negro aguafuerte lo que hasta surgir ésta había sido para ella rosada perspectiva, dulce paisaje, claro de luna.

Sin embargo, aunque la tribulación de la joven era mucha, había un no sé qué en la mirada leal de Mischka, que iba poco a poco calmando su agitado espíritu.

Se hallaban en el despacho de Mischka, tan distinto por su sencillez a cualquiera de los suntuosos salones de la mansión de los Markoff. La lámpara de gas sobre la mesa abarrotada de papeles en desorden; las paredes lisas, sin un tapiz, sin un cuadro; el mobiliaje, escaso. Pero no había sordidez, sino pobreza limpia por lo que el ambiente era grato, aun a una dama tan acostumbra da al lujo y al detalle artístico como Anna.

Mischka, con el oído atento a los ruidos exteriores—arrascaban las dos tormentas: la física y la social—y la mirada puesta amorosamente en la joven, permanecía de pie junto a la mesa. Ella, temblorosa y bellamente pálida, parecía una estatua hecha carne palpitante, dejaba que su inesperado caballero andante la envolviera en aquella mirada, que era como el manto azul de la ilusión.

No podía imaginar Mischka que aquella noche alterara el silencio de su hogar, que la presencia de Anna convertía en santuario, de que era el áncora devoto, ninguna visita inoportuna. Pero se equivocó. En la puerta sonaron violentos unos golpes. Anna se estremeció, víctima otra vez del terror. Mischka lanzó una mirada oblicua en dirección a la puerta como si quisiera clavar en el cuerpo del que llamaba, los puñales de sus pupilas. Condujo a la joven a una habitación contigua al despacho, rezando en su oído:

—Esperad aquí y no temáis.

Después dejó libre la entrada y en el umbral se dibujó, sobre el fondo negro de la noche, la silueta de Bavu, que penetró sacudiéndose el barro de sus zapatonas y dando bruidos de frío.

Mischka, sin perder ningún movimien-

to de Bavu se sentó tras la mesa, quedando el visitante frente a él. Aquél escuchaba temeroso, éste auscultó la cara de Mischka con sus ojillos penetrantes de rata de alcantarilla.

Habló el sagaz Bavu:

—La gente tiene ya alimentos y abrigo sin necesidad de vuestros recursos.

tras la que se escondía Annia. Luego de un corto paréntesis, Bavu expuso el objeto de su extraña visita, diciendo que necesitaba que Mischka, como Comisario de Licencias y Contribuciones, le facilitaría los necesarios pasaportes para poder salir de Rusia, él, su mujer y sus dos criados.



Luego ordenó a Kurióff que abriera, dándole un cachillo para su defensa.

—Celebro vuestro triunfo, camarada—repuso Mischka, al que sólo le interesaba que Annia no fuese descubierta.

—Sí, el Markoff ha caído en nuestro poder, pero su hija Annia ha logrado evadirse.

Mientras hablaba el astuto Bavu estudiaba en el rostro de Mischka la ruta que siguiera en su evasión la hija del gobernador de Kishine. Y debió descubrirla porque sus pupilas brillaron un instante y una leve sonrisa irónica le retó en los labios. Había visto el hilillo de luz que se escapaba por el intersticio de la puerta

—Tendré que ponerlo en conocimiento del Tribunal—observó Mischka.

—Eso equivale a negárnoslo. Y ya que, en virtud de tu argucia, camarada Mischka, no puedo realizar mi viaje, me consolaré refiriendo a mis amigos la historia de cierto zarafito de raso...

Y al decir esto, Bavu volvió a sonreír irónicamente al tiempo que recogía uno de los zapatos de Annia, pues se recordará que Mischka la había descalzado al entrar en su casa.

El descubrimiento hecho por el astuto visitante acabó de desconcertar a Misch-

la, horripilando a su protegida que miró hacia fuera con ansiedad, quedando tras la puerta, llena de terror.

El hombre siniestro dijo en tono imperativo:

—Esta noche me casaré con Olga Strope.



No obstante se calmó un poco al ver a Mischka manipulando un revólver.

—Como quieras—cedió Mischka—, pero, ¿qué diré al Tribunal?

—Que salgo en viaje de propaganda.— Luego añadió: —Como soy analfabeto, mi sortija, que es el sello del Tribunal, tendrá que servir de firma. Dentro de dos horas estaré de vuelta con la sortija que tiene Olga. Os recomiendo mucha discreción, camarada Mischka.

Al terminar sus advertencias, salió perdiéndose en las sombras. Mischka, en cuanto lo vio salir, corrió el doble cerrojo de la puerta y respiró tranquilo.

Annia, saliendo de su escondite, que de nada le había servido, acoróse al fuego, pues estaba aterida. El la cubrió amorosamente, diciéndola:

—Bavu es un enemigo peligroso; pero pienso valirme de una hábil estratagem

para apoderarme del sello del Tribunal, que está en su poder, y el cual necesitamos a todo trance.

En tanto, la revolución continuaba su labor destructora.

VII

Bavu llegó a su hogar en busca del sello. Tampoco él se consideraba seguro al lado de Mischka. Así lo dijo a Olga, conviniendo en alejarse cuanto antes una vez arrancados los pasaportes y celebrada la ceremonia civil de su casamiento con Olga Strope.

Mischka había ya comenzado a desarrollar su plan para apoderarse del sello y deshacerse de Bavu y atento a sus propósitos se metió con Annia en un coche que ahora rodaba pesadamente por las calles, llenas de charcos y baches, pues la lluvia no había cesado.

El destaralado carruaje paró por fin

frente a la casa de Bavu. Mischka saltó con pesteza del coche, advirtiendo a la joven, que se acurrucaba en el interior.

—Si transurre un cuarto de hora sin que yo le haga una señal desde cualquiera de esas ventanas, vaya al Tribunal y dé cuenta de la traición de Bavu.

Tanto por lo menos como había sorprendido a Mischka la visita de Bavu, sorprendió a éste la de Mischka. De modo que ordenó a Olga, al oír los aldabonazos que daba el visitante:

—Me escama mucho esta visita; aguarda fuera el resultado.

Olga, obediente, se lanzó a la calle al entrar Mischka en la casa. Y vió, naturalmente, el coche y dentro de él a Anna.

Luego ordenó a Kurloff que abriera, dándole un cuchillo para su defensa.

—Aquí están los pasaportes, examinada

—La jornada ha sido provechosa para usted.

Bavu no quiso recoger las panzantes palabras del recién llegado. Le importaba más otra cosa que defenderse de los ataques dialécticos de Mischka y cambió una mirada expresiva con Kurloff, su criado, que estaba de espaldas a la puerta de la calle. Kurloff comprendió la orden y avanzando cautelosamente, atetizó por detrás los brazos de Mischka, impidiéndole todo movimiento. Una vez sujeto Mischka, Bavu le extrajo de los bolsillos del gabán los pasaportes y un revólver. Después del despojo, Mischka quedó libre de las manos de hierro de Kurloff, y mirando despreciativamente a Bavu, murmuró:

—Reos pasaportes no tienen ningún valor sin mi firma.

Pero Mischka le miró con tal insistencia, con semblante tan sereno, que ella verdó ya sin aparecer ya disgustado.



Bavu—exclamó Mischka cruzando el dintel.

Luego, observando las riquezas que se amontonaban en el hogar del candillo de la revolución, hizo este comentario mordaz:

—¡Firmaría!—vociferó Bavu encanotándolo con el revólver.

Mischka se había aproximado a la ventana con un farol en la diestra. Al ver la amenazadora actitud de su enemigo, repuso:

—Esa arma no está cargada.

Y aprovechando la vacilación de Bavu hizo la señal que Anna vió desde el fondo del carruaje. Sonó un disparo y la lámpara quedó hecha añicos en sus manos.

Mischka, sin perder la serenidad, le advirtió:

—Cualquier agresión contra mi persona os costará cara.

Bavu, que sin duda iba a intimidar de nuevo al joven, se contruvo ante la amenaza. Entonces Mischka, aludiendo al criado, le dijo:

—Haga usted salir a ese hombre. Necesito hablar reservadamente con usted.

A una seña de Bavu, Kurloff salió de la estancia.

—Hablemos sin rodeos—comenzó diciendo Mischka—. Usted, camarada Bavu, conoce mi interés por salvar a Anna. Pues bien, se me ha ocurrido que cuando se con ella, compartiríamos los dos ese interés.

El terrible demagogo, aunque era fuerte y pesado como un oso, estuvo a punto de desplomarse. Tal era su asombro y su emoción. Jamás se le había ocurrido pensar en llegar tan alto en su ambición, aunque era desmedida. Anna, por lo esclarecido de su nombre y por su extraordinaria belleza, constituía para un hombre tan rudo como el jefe del movimiento revolucionario, un imposible, un tesoro incomparable, un cuento de las mil y una noches.

—¡Cómo!—exclamó por fin—. ¿Me hace usted esa proposición seriamente?

—Sí—contestó con firmeza Mischka.

—Entonces firme usted por mí.

—Conformes, pero para que esta licencia matrimonial sea legal, necesito el sello.

—La sortija la tiene Olga. Tendremos que esperar su regreso.

Anna, llamada por Mischka, saltó del coche penetrando en la casa. Aunque se esforzaba, la joven no podía reprimir su miedo. Entrar en la casa de aquel ogro equivalía a meterse en la boca del lobo.

No obstante, la calmó un poco el ver a Mischka empuñando un revólver y aper-

cibido a defenderla de cualquier violencia por parte de Bavu.

Mischka hizo subir a Anna para que firmara. Una vez en su presencia, el joven la explicó rápidamente de lo que se trataba. Ella vaciló un momento. ¿Cómo Anna Markoff, podía ser la esposa del mayor enemigo de su padre y de su casta? Por otra parte, ¿ella, tan delicada, en brazos de un hombre tan grosero y brutal como Bavu? Pero Mischka la miró con tal insistencia, con semblante tan sereno, que ella cedió sin aparentar ya disgusto.

Olga, que había escuchado todo detrás de la puerta, se retorció de celos.

Anna firmó y como Bavu no sabía escribir—ya indicamos que era analfabeto—lo hizo en su lugar, Mischka.

La amiga del revolucionario llamó desesperadamente, golpeando la puerta.

—Es Olga—musitó Bavu—. Ocúltense en aquella habitación.

La celosa aporreó otra vez la puerta, enloquecida de rabia y de dolor, mientras Mischka y Anna se escondían donde Bavu les había indicado. Luego, Bavu, abrió la puerta de la calle, sin fijarse en la desesperación de Olga, la dijo:

—Los papeles están listos, Olga. Necesito la sortija para sellarlos.—Y le mostró los documentos, que ella le arrebató, huyendo a la habitación inmediata. Bavu se lanzó tras ella dándole alcance. Viéndose perdida, Olga accedió la licencia a la lámpara que ardía pendiente del techo, exclamando:

—¡Si te acercas, le prendo fuego!

—¡Olga!

—Estoy enterada de todo; he oído la conversación.

—Fue una artimaña más para obligarle a firmar los documentos.

—¡Mientes, Bavu, mientes!—gritó ella en tono desesperado.

Mientras Olga increpaba duramente a Bavu, Anna en cambio, al conocer el engaño de que Mischka había hecho víctima al feraz revolucionario por salvarla, sintió como la gratitud invadía su corazón y

vió en Mischka, no sólo a su salvador, sino también a su ídolo. Pero volvamos a Bavu y Olga. Ella le decía ahora, después de leer el papel que agitaba en sus manos:

—¡Eres un idiota, Bavu! ¡Se han burlado de ti! El contrato de casamiento está extendido a nombre ellos. Por eso Misch-

ka se la ocasión de prestar un buen servicio a su amigo y carcelero, apagó la luz del farol que pendía de una viga del desván, acechando en la oscuridad como un gato, Mischka, que espiaba los movimientos de Olga, sacó la cabeza de su escondite al tiempo de apagar ésta la luz.

*Acechando en la
oscuridad como un
gato...*



ka, más inteligente que tú, te podía el sello con tanta insistencia.

El furor de Bavu era imponente.

—¡Trae la sortija!—aulló.

—¡La he perdido!

—¡No vuelvas hasta que la hayas encontrado!

—¡No recuerdo donde se me ha caído!—gimió Olga.

Bavu, lamiéndose las pupilas, escupiendo maldiciones por su boca ensarime como las fauces de un león, empujó a Olga encerrándola en el desván. Mischka, escondido en el desván, presencié la escena. Hecha esta operación, Bavu se dispuso a registrar toda la casa hasta encontrar a Mischka, cuya burla había despertado en él deseos de venganza.

Olga, pensando en que podría presen-

ta la misma a todos estos personajes. La hoja sinistra de un cuchillo rodaba el corazón heroico de Mischka.

Olga y Mischka oyeron el ruido de una lucha cuerpo a cuerpo, muy próxima a donde ellos se encontraban. Para que la vieja Piplette se esforzaba en arrancarle a Anna el medallón de oro y brillantes que fulgía en su pecho trémulo. Las manos viscosas como pulpos de la sirvienta, daban una sensación de asco a la infeliz muchacha que se debatía por escapar. Al sentir en su fina garganta el contacto repugnante de aquellas manos, lanzó un grito que puso en ariso de lo que acontecía a su bravo defensor Mischka. Y, en efecto, el joven, desechando toda prudencia, fué tateando en la oscuridad hasta tropezar con Piplette que huyó espavorida. Olga

se lanzó a su vez a la caza de su codiciada presa que no era otra que Mischka, clavándole un puñal por la espalda. Silencio. Luego, una mano levantó otra vez la luz del farol. Olga y Mischka habían desaparecido.

VIII

Habían cambiado los personajes del sombrío cuadro, en una mutación rápida. Eran éstos: Annia, Bavu y Kurloff.

Bavu sujetaba brutalmente a Annia, que pretendía escapar de las garras de la fierra. Todo inútil. La desesperación de la bella joven rayaba en la locura. Sentía miedo por la suerte de su bravo defensor, más que por la propia. Tenía el convencimiento de que ya no podría vivir sino al lado de Mischka, cuyo paradero ignoraba. Pero Bavu pretendía que ella le dijera el refugio de su amigo, atormentándola horriblemente con su torpeza.

El grito denunció:

—Mischka estaba escondido en aquella canasta; allí debe estar aún.

La ferocidad se pintó en el semblante de Bavu, que desenvainó un sable yendo hacia el sitio designado por Kurloff como escondite de Mischka.

Annia, arrodillada, suplica, gime, se desespera, sin conseguir ablandar el corazón de podernal de Bavu, que atraviesa la canasta con el sable que esgrime. La joven, en el paroxismo del dolor, se arrastra por el suelo. Bavu, ríe por la hazaña que acaba de cometer. El sarcasmo da valor a Annia, que se abalanza sobre el foragido, luchando un instante con él. Un instante tan sólo, porque es vencida su resistencia por la acometividad salvaje del hombre sanguinario. Alza Bavu la tapa de la canasta pensando encontrar dentro el cadáver de Mischka... pero la canasta está vacía, a pesar de que él ha visto al pie de ella, huellas de sangre.

—¿Qué extraño!—exclama—. Aquí ha habido lucha.

No se engañaba. Mischka había pretendido estrangular a la repugnante Piplette que pudo escurrirse de sus manos como una serpiente, mientras Olga, tumbada boca abajo junto a la canasta, acechaba el momento de herir.

Busca el rastro de la sangre como un perro. Su instinto le hace fijarse en la puerta de la bóveda donde está encerrado el tesoro robado en el palacio de los Markoff. Entonces tiene una idea:

—¡Juras por la Santa Cruz que Mischka no está en la bóveda del tesoro?

Annia cree que realmente Mischka no puede estar en otra parte; pero dispuesta a salvar al hombre amado—sí, Annia sabe ya que su corazón arde en el amor de Mischka—, jura pidiendo mentalmente perdón a la imagen de Jesús Crucificado que alza en crucifixión entre sus albas manos.

V Bavu, sonriendo siniestramente, ordena:

—Puesto que en la bóveda no hay nada, tabicadla, Kurloff.

Éste y su mujer se apresuraron a cumplir el mandato.

¿Cómo? ¿Para eso había jurado en falso Annia? ¿Para a enterar vivo al noble Mischka? Se deslizo en llanto y angustia pidió a Bavu que no tabicaran la bóveda. Pero Bavu, insensible al dolor de la gentil doncella, incapaz de conmoverse por nada, animaba en su criminal tarea a Kurloff y Piplette.

En el interior de la bóveda sonaron lúgubremente unos golpes; acuso un grito desesperado. Hasta los sirvientes volvieron la cabeza hacia su amo consultándole con la mirada. Annia, que había sentido esos golpes como si hubieran sido dados sobre su corazón, exclamó:

—¿No oyes que golpean, Bavu? ¿Alguna persona hay en la bóveda?

—No, esos golpes deben sonar fuera, en la calle—replicó con crueldad—. Usted sabe que en la bóveda no hay nadie; lo ha jurado.

Ella quiso acercarse a la puerta de la bóveda, donde estaban enterrando a una persona viva; pero él lo impidió. Y la joven, sin fuerzas ya para resistir, se desmayó.

Los criados escuchaban atentamente los golpes que alguien daba sobre el tabique.

La hamedad hizo que la joven se palpara el bello rostro, exclamando al ver las manchitas rojas que punteaban el blanquísimo y suave panorama de sus finas manos aristocráticas:

—¡Dios mío... sangre!

No se explicaba qué podía haber ocu-



*La hole sinistra de un cachillo rondaba el corazón
herido de Mischka.*

Bavn les ordenó con su habitual energía:

—¡Llamad a Olga, Horios de salir del país inmediatamente.

Púsose la zamarra, calóse el gorro y salió.

IX

Unas gotas de sangre, desprendidas del techo, fueron cojo roco que cayó sobre la rosa de la cara de Annia, tornándola en sí.

rido desde que ella se desmayó hasta el momento aquel en que descubría en el mismo aquella huella trágica. Estaba sola en la estancia. Habían desaparecido Bavn y los dos criados. Se arrojó dolorida por el suelo, llenando la casa con sus lamentos, sin que nadie acudiera en su auxilio. Entonces recordó que el único que podía acudir en su defensa, era Mischka, encerrado en la bóveda. Arrastrándose llegó hasta el tabique con que habían reforzado y cegado la puerta que comunicaba con la bóveda, Kurloff y Piplette.

Desesperada y dispuesta a salvar, si aun era posible, a su valiente amigo, arañó el tabique para ver si conseguía desprender alguna de las piedras. El esfuerzo lo hacía estéril la delicadeza de sus manos. Entonces intentó con un cuchillo realizar la operación, logrando abrir un pequeño boquete, que de todas formas resultaba insuficiente para que cupiera por aquel espacio, el cuerpo de una persona. Con la punta del cuchillo golpeó con furia el muro.

Bavu, que se había escondido en la habitación contigua, seguía con atención la tarea emprendida por la joven y cuando ésta golpeaba el tabique creyó oportuno intervenir, sorprendiéndola con esta nueva hazaña.

—¿Para qué ha abierto usted ese agujero? ¿Para que la vea Mischka en mis brazos?

Y Bavu, para hacer efectivas sus palabras, la estrechó en un abrazo salvaje, mientras Olga, encerrada en la bóveda— ¡qué ajeno estaba Bavu a suponerlo!— miraba puesta en cruz.

De repente, un cuerpo cayó violentamente sobre Bavu. Era Mischka, que desde un boquete abierto en forma de triángulo en el desván, se arrojó con la violencia de un tigre, sobre Bavu. Entre los dos hombres comenzó una lucha encarnizada, terrible. Se acometían furiosos a puñetazos, a puntapiés, a mordiscos. Volaban las sillas por sobre las cabezas. Annia presenciaba la salvaje pelea pegada de espaldas a la pared, temerosa de que el resultado fuese adverso a su amado y valeroso Mischka. Los combatientes, después de rodar varias veces por tierra, defendiéndose con cuanto hallaban a mano, tuvieron que cambiar el método de la lucha. Bavu había logrado apoderarse de un sable y Mischka, sin acero que esgrimir, se vio forzado a redoblar sus fuerzas, a mostrarse más ágil, tomando un taburete por escudo y arma de combate al mismo tiempo. A pesar de su valor sereno la desigualdad de armas habría determinado su de-

rota; pero tuvo la fortuna de descubrir otro sable como el que blandía su rival y la lucha, que empezó a golpes bárbaros, acabó en esgrima.

Tanto Mischka como Bavu, se batían bien. Aquél tenía la destreza, la agilidad; éste la resistencia, la fuerza. ¿Quién vencería a quién? Era difícil preverlo. Sin embargo, Mischka hacía retroceder a su enemigo. Su sable trazaba círculos maravillosos, para los golpes formidables que le asestaba el contrario, de una manera prodigiosa por la rapidez y ejecución. Pero Bavu se defendía como una fiera, acometía con ímpetu, tenía una resistencia superior a la de Mischka. El asalto se prolongaba demasiado, sin que, a pesar del dominio como técnica de la esgrima y del brio de Mischka, se calmara un solo instante la inquietud de la única persona que lo presenciaba y que servía de testigo y de juez de campo y ¡quién sabe! si también tendría que servir de cirujano si el herido era Mischka.

El puño de los sables se tocaron varias veces al quedar éstos en una posición casi vertical. Hacia arriba las cazoletas parecían aguardar el momento de llenarse de sangre. Entonces, los combatientes no cruzaban sólo los aceros sino las miradas que eran armas más terribles aún en aquel duelo a muerte.

Ahora era Mischka el que perdía terreno paulatinamente, retrocediendo en dirección a la puerta. Pero esto, ¿significaba agotamiento de sus fuerzas incapaces ya de sostener el sable, o bien una estratagema hábil para sorprender mejor al enemigo en una tirada a fondo definitiva? No lo sabemos. Lo cierto es, que Mischka, acabó por desaparecer retrocediendo muy despacio y sin dejar de defenderse, por la puerta del cuarto que servía de escenario al episodio. Bavu, atacando con furioso ímpetu, desapareció también.

Hubo un paréntesis que llenó Annia con un grito agudo que desgarró su garganta. Pero no atreviéndose a avanzar en

paso. Parecía adherida al muro por el terror.

A poco, entró Bava. Un nuevo grito de la desdichada joven, puso su nota dramática al momento. ¿Cómo? ¿El vencido era Mischka? La presencia de su enemigo lo daba así a entender. También Bava es-

peleas de todos. Entonces comprendió, lleno de espanto, que a quien había mandado enterrar viva en la bóveda era a Olga.

—¡Olga!—exclamó el infeliz, que debilitado por la pérdida de sangre y más que nada por el dolor que lo humanizaba

Mischka había pretendido estrangular a la renegante Pláto.



taña herido. Su pecho mancha sangre. Se tambaleaba con un balanceo de borracho. Cayósele el sable de la diestra, incapaz de aguantar aquel peso. La misma mano quiso contener el derrame. ¿Era ilusión de sus sentidos debilitados, o era cierto que la voz apagada de Olga llegaba hasta él en demanda de socorro? Todo aparecía confuso en torno a Bava. No les sonidos solamente, los mismos objetos resultaban botrosos, desdibujados, vacilantes. Por esto no pudo preciar de momento si era ilusión o realidad, que por el boquete abierto en el tabique por Anna, asomó una mano y luego un brazo. Bava miró con fijez. No era ilusión, no. En el dedo anular de aquella mano, brillaba la sortija causa de las rencillas y

en aquel minuto solemne de su vida, desviada por la codicia más que por el instinto perverso, se dejó caer en tierra.

Entrecanto, Anna salió en busca de su amado, al que creía muerto. Pero no, Mischka había escapado con vida del sable de Bava y estaba allí fuera en actitud estática, como si hubiera perdido la noción del tiempo y de las cosas. Las ardientes y tiernas caricias que le prodigó la joven, lo tornaron a la realidad. Aquellas manos, posadas sobre sus hombros como palomas, eran tan piadosas como las

de la Santa Isabel de Hungría al ponerlas sobre los cuerpos llagados de los miserables.

Mischka tenía el rostro ensangrentado, advirtiéndose en él las huellas de unas afiladas uñas. El puñal que le clavara Olga traídoramente en el desván, sólo le produjo un rasguño sin importancia; pero en cambio sus uñas se clavaron feroces en su carne. La sangre de aquel rostro marcado por los hondos surcos de unos arrastres felinos, era la que había caído gota a gota, como un rocío, sobre la nariz de la cara de Anna.

Los dos jóvenes volvieron a entrar en la casa. Al verles llegar Bavu, les dijo sordamente:

—¡ Me habéis privado de la mujer que reglaba mis actos, que era mi vida misma!

La acusación hizo que Mischka y Anna dirigieran sus miradas hacia el sitio en que Bavu lanzaba las suyas, y vieron como penaba el brazo de Olga por la trenera abierta en el tabique y la sortija que lucía uno de los dedos de la colgante mano. Rápidamente, Mischka se acercó al muro y sacando la alfilería del dedo, exclamó con júbilo:

—¡ El sello del Tribunal!

Bavu, impotente para impedir aquel despojo, gemía en el suelo, lleno de furor. Pero el sello del Tribunal era lo que legalizaba los pasaportes para poder salir de Rusia sin despertar sospechas, y Mischka no vaciló en apoderarse de él, aunque en otras circunstancias no se habría atrevido a profanar un cadáver.

Lanzaron una última mirada a Bavu y a la habitación en desorden, que había sido teatro donde se desarrollara el drama y salieron apesadumbrados y radiantes de gozo por verse libres de sus enemigos y en poder de lo que les abriría sin dificultad la frontera rusa.

X

Bavu quedó a solas con el cuerpo inanimado de Olga. Hasta Piplette y Kurloff habían salido de la casa, antes de comenzar la lucha entre Mischka y Bavu, llevándose cuanto pudieron. Individuos del tipo moral de aquel matrimonio no son capaces de fidelidad ni de gratitud, porque sus almas no manan emoción ni cariño.

El agitador de las turbas de Kishine, hizo un esfuerzo sobrehumano, logrando ponerse en pie. Avanzó como pudo y una vez que estuvo junto al tabique, del que sólo lo separaban unos pasos, cogió entre las suyas la mano que colgaba y llamó trágicamente:

— Olga!... ¡ Mi vida!

La ceca desmayada, pero no muerta. Clavando las uñas como garfios en las junturas de las piedras, logró arrancar varias, agrandando suficientemente el agujero por el que, tras inauditos esfuerzos, pudo sacar el cuerpo de la que había sido su compañera y su inspiradora.

Arrastrándose, contentiendo la sangre hirviente que forzaba a cada momento en su herida, empujó a Olga hasta cerca del hogar, acariciándola largamente.

Y aquel hombre endurecido por el interminable batallar de su vida de revolucionario, que parecía insensible al dolor, lloró y rió como jamás le hiciera, con ese fervor que ponen en sus oraciones los que nunca han rezado, los que creen haber perdido la fe religiosa definitivamente.

Hasta el alma atribulada y trémula de Bavu, descendió, envuelta en un nimbo de oro, la mística imagen de la Madre del dulce Rabi de Galilea, con el corazón atravesado por los puñales de los siete dolores, como para dar ejemplo de fortaleza al que concedía la Divina Gracia de su presencia y demostrando así, que el que llora sus culpas y sus yerros, eleva su espíritu por miserable y pecador que sea.

Cuando desapareció la sagrada visión, Bayu abrazóse al cuerpo de Olga, notándolo frío y rígido por primera vez.

—¡Muerta!—murmuró.

Estuvo largo rato contemplándola, acariciándola como si esperase infundirle nueva vida con sus besos delirantes, apa-

XI

Dos días más tarde, sobre la estepa nevada donde moran los aulladores lobos hambrientos, se desliza un trineo. Lo conduce la mano segura y experta de Mich-



*—¿Juras por la
Santa Cruz que no
verás Mischka en la
bóveda del templo?*

sionados. Pero convencido al fin de su impotencia para revivir a la que había dejado de ser, cubrió el cadáver con una tosca manta de esturmeña, como si fuera un hábito monjil, demasiado tardía.

Bayu, fuera otra vez del resplandor místico que había iluminado su espíritu, volvió a ser el hombre herido de barro decolorable y alzando los puños contra el mismo cielo que antes invocara en un rapto de éxtasis religioso, de arrepentimiento, juró sobre el cuerpo pálido de Olga, vengarse cruelmente de los que lo habían burlado.

La que lleva a su lado, muy cerquita de su corazón, a Anna, la dulce, bella y esperada prometida.

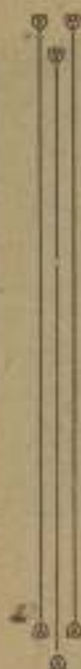
Se ve una perspectiva de casuchas de madera, medio enterradas en la nieve.

El sol perfila apenas su contorno luminoso, más allá de su las nubes densas que cubren el impenetrable paisaje.

El trineo en que van Mischka y Anna, cruza un río cuya corriente es un bloque de hielo. Atrás va quedando Rusia, inmenso foco revolucionario, con sus escenas crueles, de un salvajismo sin precedentes en la Historia de la Humanidad; con sus princesas y grandes damas de la corte violadas por la soldadesca roja, que hace pan de los senos cercenados, entre blasfemias y risotadas.

Un hombre sigue de cerca a los fugitivos. La desesperación le da bríos para cruzar el lúgubre y unirse con sus desgarradas y destempladas voces a los brútos que arrastran su veloz trineo. Ese hombre se llama Bavu, nombre terrible que sonó a muerte y a incendio en una ciudad

por yacientes — brútos y personas — aún preocuparse de ellos para nada. Y es que había algo más duro, más resacaído y más frío que el albo panorama: el alma de aquellos hombres, cuyo instinto aventajaba en ferocidad al de los lobos carnívoros y hambrientos, que al ver aquella



Se desbiza en llanto y suplicante impla a Bavu: que no cobiciara la hénula

rusa; Bavu, que es la revolución misma incandescente en su alma colmada de odio.

Pero este perseguidor tenaz es a su vez perseguido por los bandidos de las nieves que espoloran a sus caballos rajándoles los flujos que chorrean sangre. La persecución de unos y otros parece un pájaro de velocidad y de destreza.

Los corceles, en desenfundada carrera, ruedan con sus jinetes por la montaña de nieve. Los que se mantienen firmes en sus caligaduras, pasan sobre los inter-

fantástica teoría de centauros que se recortan en el horizonte, hulan castañoteando de miedo los agudos dientes.

Annia y Mischka se perciben de que son perseguidos por los terribles bandidos, pero ignoran que Bavu les vava también al alcance. Aceleran aún más la marcha; dejan atrás el bosque, de una belleza sorprendente y ganan la extensa llanura, blanca como una hostia inmensa.

Bavu acorta cada vez más la distancia que los separa. Las cabezas de los caballos que arrastran su trineo casi tocan ya

la parte trasera del trineo en que van Mischka y Annia. Chascan las trallas sobre los lomos de los caballos, raudos como Pegasos sin alas, aunque bien puede decirse que más que correr, vuelan. Unos metros más y los dos trineos se apartan.

El peligro, inminente, hace temblar los corazones. No es posible escapar y Mischka se dispone a resistir la agresión de Bavu. De improvisto, los jinetes que los persiguen, forman un círculo alrededor del trineo de Bavu, que lanza una maldición y pretende romper el cerco. Mientras Bavu lucha desesperadamente, hécicamente, contra los bandidos, el trineo de Mischka y Annia se distancia y acaba por perderse en el horizonte. Y el hombre que quería vengarse de ellos bárbaramente, es arrojado a un río por los malhechores y perece ahogado.

Una hora después, Annia y Mischka pueden parar su trineo, que ha volado durante horas y horas sobre la nieve, y saltar a tierra. Han pasado la frontera rusa, están en salvo. Y, sin embargo, Annia no

está alegre; por sus ojos mira el alma en pena de una tristeza. Mischka, que sabe leer de corrido en el pensamiento de la mujer amada, le dice:

—Comprendo que separada de tu padre no seas del todo feliz. Regreso a Rusia a salvarlo; pero no temas, mi querida Annia, que pronto volveré a recoger el preciado fruto de tu amor.

Y la graciosa y bellísima joven, al oír esto, le da un anticipo que él gusta en los muelles de los labios que se le ofrecen trémulos.

Un trineo vuelve a cruzar otra vez la estepa nevada. Lo guía la mano segura y experta de Mischka, que va solo. Los bandidos de las nieves vuelven a perillarse en la cima de la montaña, como una teoría de vaudos centauros.

Y en tanto, Annia reza porque los dos hombres que tienen su amor vuelvan para siempre al seguro refugio de sus brazos.

EPILOGO

Pasó la revolución rusa, sin precedentes en la Historia por la crueldad de sus episodios y más que nada por el hondo surco que abra en las costumbres políticas y sociales de Europa y aun del mundo. Este tipo de revolución es nuevo. Ni la inglesa en que destacó la figura de Oliverio Cromwell como hombre de Estado; ni la francesa, preparada por los Enciclopedistas y ejecutada por Danton, Marat y Robespierre, pueden equipararse a la del pueblo eslavo, que aún chorrea sangre.

Evidentemente, la rusa es una revolución de distinto tipo que la inglesa de 1648, considerada como clásica, y la francesa de 1793, de fuerte contextura política y en cierto modo romántica. De lo que no cabe duda es que en el proceso y desarrollo de todas las revoluciones concurren por lo regular las causas que señala en la *Revuz de París*, el conde de Fels-Son. Estas:

«Primera: Incapacidad del Gobierno o de las clases directoras para poner orden en la Hacienda.

«Segunda: Existencia de un monstruo o anomalía capaz de subvertir el orden social.

«Tercera: Concurrencia de un sucesor o sea de un partido o clase dispuestos a

reclamar la herencia del Poder tan pronto como aparece abierta la sucesión.»

¿Concurrían en Rusia las circunstancias que determina el triste tratadista francés? Es indiscutible. Existía la primera causa, es decir, el despilfarro financiero. El zar gastaba sin medida por mantener el busto deslumbrador de su numerosísima corte, brillante de uniformes y de títulos de nobleza; manirroto y en perpetua francachela. La Hacienda rusa tenía que ser por fuerza un caos.

El monstruo también aparece con evidentes señales de anomalía. El monstruo era la rápida propagación de la doctrina marxista realizada por Lenin y sus camaradas.

En cuanto al sucesor, era el mismo Lenin con la social-demócrata de que era verba y espíritu.

El prólogo de la revolución realizada por el pueblo ruso es muy extenso y muy intenso. Cabe dentro de él, además de la larga actuación, de la tenaz propaganda de Lenin, Trozky, Zinovieff y otros que tuvieron que roturar la conciencia yerta del pueblo eslavo, arrojar fuego en ella la semilla revolucionaria y trabajar continuamente sobre esa conciencia para que diese fruto en su día; cabe, además,

gran parte de la literatura de aquel país, con sus apóstoles máximos: Tolstoy, Protótkine y Gorki.

El régimen soviético ha de costar mucho esfuerzo aún cimentarlo sobre bases firmes, aunque hay que descartar, desde luego, la vuelta de la dictadura zarista

aido vejado por los fanáticos de Lenin y de Trotsky. Krensky, que representaba el lazo que unía al hombre de la Universidad y del Ateneo, con el hombre de la fábrica, del taller y del campo, no pudo aguantarse en el Poder, siendo barrido pronto por la ola revolucionaria.

*Y cómo
ponía el brazo de
Oles por la tranca
abierto en el tabique.*



por el solo hecho de haber símbolos que una vez desgañados de la entraña de un pueblo, no vuelven a arraigar jamás.

¿Qué mudanzas políticas y sociales sobrevendrán a la época de terror? No se pueden aventurar profecías ni siquiera exponer juicios, que a cada paso estaría por tierra la realidad, pues el mundo gira a tal velocidad impulsado por los acontecimientos de toda índole, que es muy posible su desquiciamiento total.

Tras la honda conmoción que produjo a Rusia la revolución, vino algo peor que esta misma: un hambre inmensa en todo el país, la guerra civil y el desplome, no sólo de las categorías sociales — la aristocracia — sino, lo que es más triste, el de la intelectualidad.

Gorki mismo, tan arraigado en el pueblo, tan perseguido en la época zarista, ha

No ignoramos que es peligrosísimo, en esos momentos no halagar a la masa, convirtiéndola en virtudes sus vicios y hasta sus brutalidades y achacando a la aristocracia, a la burguesía y a los intelectuales, toda suerte de defectos. Krensky, hombre de estudio más que hombre de acción, no podía halagar los errores, las torpezas y los hechos vandálicos del pueblo hecho furia y esta moral escrupulosa, antipolítica en todo período revolucionario, determinó su caída e incluso le habría costado la vida de no salir recatadamente de Rusia.

Pero dejemos aparte estas consideraciones, precisas sin embargo para la mejor comprensión del desarrollo y la psicología de los personajes de esta novela cinematográfica, y hablemos de éstas, que no son tan imaginarios como pueden parecer.

para interpretar verdaderas figuras de la revolución rusa, aunque no coincidan sus nombres y aunque su personalidad es bien distinta.

Mischka consiguió, no sin grandes peligros, entrar nuevamente en Kishine. La muerte de Bava, lejos de haber ahogado el movimiento o de haberlo hecho menos cruel, atrajo en episodios reprobables.

El gobernador de la ciudad, Markoff, padre de Anna, había sido asesinado por las turbas. En el momento de entrar Mischka en Kishine, su cadáver era arrastrado por las calles. Llegaba tarde para salvarlo. El valiente joven, con el corazón henchido de dolor presencié la horrible escena. Habría querido lanzarse sobre aquella trahilla de salvajes, pero el recuerdo de su amada le contuvo.

Y volvió a cruzar en su trínco la frontera rusa, reuniéndose con Anna a la que, sin describirle la horrible escena que había presenciado en Kishine, le dijo:

—Anna, mi querida Anna, he llegado demasiado tarde.

Y aquel hombre fuerte y valeroso fluyó ultrazado a ella.

Anna quedó anonadada. Aunque en pocos días había adquirido la triste experiencia de que los pueblos, cuando los azota el odio y los espóica la vengenza salían por sobre todos los principios morales: incendian, matan y roban, no había imaginado nunca que el fin de su padre fuese tan atroz como le indicaban las lágrimas de Mischka.

La esclamación de éste había sido tan contundente, tan rotunda, que no daba lugar a dudas. Si el anciano Markoff hubiese estado prisionero, Mischka, sin titubear siquiera, habría agotado todos los recursos que cabían esperar de su valor, de su audacia y, sobre todo, de su ríego cariño por Anna; habría arriesgado su popularidad entre los revolucionarios, sobre los que ejercía indudable predominio por su condición de Comisario de Licencias y Contribuciones, antes de regresar

solo al lado de la joven y de decirle que ya era demasiado tarde para salvar a su padre.

Claro que Anna no sabía, ni lo supo nunca, las salvajadas que los habitantes de Kishine habían cometido con el cadáver del gobernador de la ciudad. Mischka mintió filosóficamente al decirle que al anciano lo había juzgado el comité de obreros y soldados, condenándolo a muerte; pero sin vejearlo en vida ni profanarlo después de muerto.

—Lo han fusilado—explicó Mischka. Y luego:

—Claro que esto es muy doloroso. Anna; pero peor habría sido lo que han hecho con otros nobles. Por lo menos a tu padre le han respetado su cualidad de caballero, dándole la muerte más honrosa que se le puede dar a un hombre.

La joven, que por su origen ilustre tenía un alto concepto de la nobleza, le consoló saber que sobre su padre no había puesto sus manos la plebe, como sobre tantos aristócratas y príncipes.

Como traían todos los documentos legalizados y no era prudente vivir junto al hombre que la amaba sin ser su esposa, y como por otra parte, la ataban a él su amor y su gratitud, no quisieron prolongar por más tiempo aquella situación equívoca y se unieron para siempre jamás en el santo lazo del matrimonio.

La juventud de ambos cicatrizó pronto la herida abierta en sus pobres corazones por la ausencia eterna del virjo Markoff. Y pudieron conocer, lejos de la inquieta y revuelta Rusia, el rostro sonriente y agradable cual ninguno de la felicidad.

Viniéron nuevas auroras resplandecientes, después de los días de las tristes jornadas, de los días espantosos de la revolución.

El pueblo, olvidadizo, pasados los primeros momentos, no volvió a acordarse ni de Bava ni de Mischka, a pesar de que el

primero había sido el que prendió fuego a la revolución en Kiolint y el segundo el que propagó con más entusiasmo los ideales de democracia, aunque se opuso siempre a que el pueblo se saliera de los moldes de la ley moral—única que debe persistir en cualquiera que sean las circunstancias porque pese un jato.

Después de la lucha en las calles, cuando se apagaron las llamaradas del incendio y amudecieron las bocas de los fusiles; después de satisfecha la venganza de los revolucionarios y cuando parecía que al período de agitación tenía que suceder otro de calma, dedicado a edificar sobre lo destruido y trazar nuevas normas al Derecho político, a la moral ciudadana, a las costumbres públicas, en vez

de ocurrir todo esto, por descuido de la administración y por sobra de ambiciones, el hambre se adentró de nuevo en los hogares humildes, en los hogares de los mismos que habían hecho la revolución, haciendo más víctimas que la revolución misma.

En su nueva residencia, Mischka y Anna recibían constantemente noticias de Rimis y en especial de K. bin, que tantos recuerdos infantiles tenía para ellos. Y al ver la aurora esplendorosa que brilla para ellos cada mañana y al amanecer trágico de los que buscaban la dicha en la riqueza, comprendieron que sólo por la senda del Bien y del Amor puede llegarse a Dios, que quiso premiar sus actos con la sonrisa de un hijo.

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Sea en gran número los lectores que nos han escrito cartas felicitándonos por la presentación de nuestra revista y dándonos elogios, que abundantemente nos suscriben con derecho a aceptar, a las portadas de OBRAS MAESTRAS DEL CINE y al interés y a la forma amena con que se relatan en estas foliosas los argumentos de las películas más famosas que el público aficionado tiene ocasión de admirar en los salones de espectáculo cinematográficos.

Pero, al mismo tiempo, la mayoría de nuestros comunicados nos expresa su deseo de que veríamos al tamaño de nuestra publicación, dando a sus páginas unas proporciones más reducidas, a fin de que resulten más manejables y de que al adquirirlas en las librerías, las compradoras, que se ven obligadas a guardarlas en el bolsillo, no tengan necesidad de inclinarse, con lo que se les quitó el riesgo de que puedan resultar perdidas por ser conservadas y colocadas como es el propósito de casi todos ellos.

En nuestra gratitud por la favorable acogida que han gozado nuestras páginas no hallamos otro modo de agradecer a tantos hono-

ras que impudimos desde el próximo número el cambio de formato que con tan grande insistencia se nos pide. Así, pues, de hoy en adelante los ejemplares de OBRAS MAESTRAS DEL CINE tendrán la mitad del tamaño que hasta la fecha, pero, en vez de veinte días y seis páginas, se aumentará el número de éstas a treinta y dos, con objeto de que nuestros amigos no vean disminuida la cantidad de lectura que les veníamos ofreciendo.

Y muchas gracias a todos por su benevolencia y sus oportunas indicaciones.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluirá una hermosa postal al huetto grabado con el retrato de las más famosas actrices de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de alguna de las actrices del arte cinematográfico.

Postal de Thomas Meighan

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Números publicados: **Almas en venta - En el palacio del Rey, Pedrucho - El Terremoto - Lecciones de amor.** A 25 céntimos

Número próximo

MANUAL DEL PERFECTO CASADO

Divorrida comedia americana de la Goldwyn Cosmopolitan

Interpretes: **HELENE CHADWICK, MAE BUSCH y NORMAN KERRY**

Regalo de una magnífica postal al hueco-grabado de la bella actriz cinematográfica
POLA NEGRI

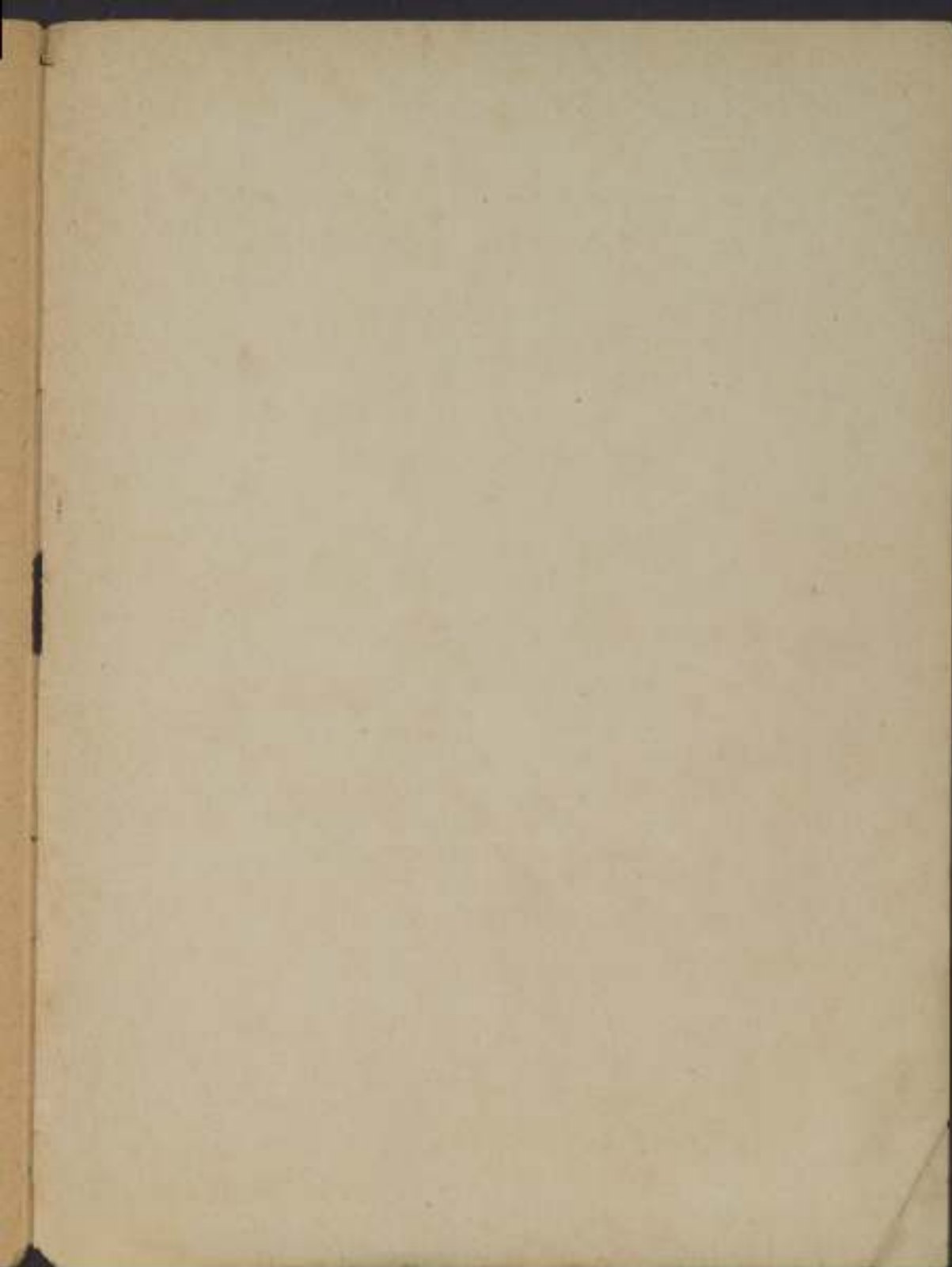
Nuestro Representante
Administrativo en Ma-
drid es:

Don Manuel Fernández

Kiosco del Paseo de Re-
soleros, frente al nú-
mero 14

Allí podrán adquirirse sin aumento de precio los números atrasados de
OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Representante en Valencia: **Don Vicente Pastor**, calle Nave, núm. 15
» » Zaragoza: **Manuel Muñoz**, librería de la calle de los Siles



Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal
para las familias

20 céntimos número



Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



Dirección y Redacción: Pelayo, 62
Administración y Talleres: Villarroel, 12